

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

NÚMERO 7.º— 1.º DE NOVIEMBRE DE 1876.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Los jesuitas españoles en Italia, (introduccion), por D. M. Menéndez y Pelayo.—*La despedida de la huésped árabe*, (traduccion de Víctor Hugo), por D. Adolfo de la Fuente.—*La Montañesa*, (conclusion) por D. Amós de Escalante.—TIPOS TRASHUMANTES.—VI.—*Un aprensivo*, por D. José M.ª de Pereda.—*A la Mujer*, (traduccion de Byron), por D. Emilio Ferrari.—SOLARES MONTAÑESES.—II.—*La torre de la hoja de Marta*, por el Marqués de Casa-Mena.—*El Averiguador*—*Tabria*.—*Seccion bibliográfica*.—*Advertencia*.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

LA GUIRNALDA.

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

Esta publicacion, que existe desde 1.º de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de la parte literaria, amena é instructiva, ilustrada con excelentes grabados; de pliegos de dibujos para bordar, y alternando figurines, patrones y piezas de música.

En la edicion de labores.—Reparte siempre modelos para toda clase de labores y modas del bello sexo y piezas de música.

En la edicion de modas.—Reparte figurines iluminados y patrones de tamaño natural cortados expresamente en París.

En la edicion de albums.—Abecedarios de todas clases y tamaños, y una completa coleccion de modelos para muestrarios, etcétera, á 6 y 8 rs. cada uno.

Además de estas *tres ediciones*, facilita los dibujos picados que se deseen pasar á las telas, y se encarga de todos los pedidos de bordados.

Ofrece *grandes primas, rifas mensuales* de objetos de valor y *regalos* de importancia.

Precio.—En Madrid, 4 rs. al mes, y año 44. Provincias, trimestre, 14; semestre 26, y año 48, las ediciones de labores ó modas; y juntas las dos: Madrid, 6 rs. al mes; semestre, 34, y un año 64.—Provincias, 20, 40 y 72; y 20, 40 y 68 respectivamente la edicion de labores ó la de modas con los albums.—Las tres ediciones: Madrid, trimestre, 24; semestre, 44; año, 80; y provincias, 28, 50 y 88 rs. respectivamente.

Anuncios.—A precios convencionales.

Para más detalles, pídase el prospecto á la Administración, Barco, 2, duplicado 3.º.—Madrid.

Se suscribe en la redaccion de este periódico.

BOCETOS AL TEMPLE, por D. José M.^a de Pereda.—12 reales.

QUIEN MUCHO ABARCA POCO APRIETA, proverbio en dos actos, por don Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

LA AMARGURA DEL PLACER, drama en tres actos y en verso, original de D. Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

Se venden en la Administración de este periódico.

LOS JESUITAS ESPAÑOLES EN ITALIA.

INTRODUCCION.

Increíble parecería, si no supiéramos el poder que aún en hombrespreciados de eruditos ejercen tenaces y envejecidas preocupaciones, que, á la altura á que han llegado los estudios históricos y literarios, haya escritores, que se atrevan á defender como justa, legal y reclamada por el progreso de los tiempos, la pragmática de 2 de Abril de 1767, que extranó de estos reinos, con ocupacion de sus temporalidades, á los regulares de la Compañía de Jesús. Natural parecia que en nuestro siglo estuviesen calmadas las iras jansenistas, causa primera de aquel peregrino acaecimiento, pero aún hay historiadores y polemistas que hagan suyos los póstumos rencores de la escuela de Port-Royal. Pocos recuerdan las duras contradicciones que la Compañía tuvo que sufrir en sus primeros tiempos; ferozmente se desencadenaron los protestantes contra la institucion que venía á oponer insuperable valla á sus progresos; multitud de folletos y libelos, hoy de nadie leídos, han quedado como testimonios de aquella lucha.

Olvidadas están igualmente las feroces diatribas inspiradas por la envidia y el espíritu de escuela al famoso humanista alemán Gaspar Scioppio, que con tales invectivas fatigó por muchos años las prensas. Sepultadas en el indigesto *Diccionario Crítico* de P. Bayle duermen multitud de calumnias y acusaciones anti-jesuiticas, bebidas en las fuentes antes mencionadas. Con las circunstancias, que les dieron nacimiento y vida, pasaron á la sima del olvido semejantes libros, escritos los más con pésimo gusto, inspirados por mezquinas pasiones, y poco acomodados por sus formas, y hasta por la lengua empleada en muchos de ellos, á la comprension de los modernos *sábios*. Mas no aconteció otro tanto con las cuestiones jansenísticas, cuya fama contribuyó á perpetuar en el mundo literario un libro compuesto con tanta habilidad como mala fé, tejido de textos mal interpretados de sutilezas y de burlas, expuesto todo en claro, discreto y ame-

nísimo estilo, digno á la verdad del escritor insigne cuyo nombre lleva á su frente. Fácilmente se comprenderá que aludimos á *Las Provinciales* de Pascal. Apenas publicadas, obtuvieron un éxito extraordinario, tradujéronse á diferentes lenguas, inclusa la nuestra (1) y lograron celosos defensores y admiradores entusiastas. La bella forma del libro contribuyó poderosamente á su triunfo y es lo cierto que *Las Provinciales* son hoy tan leídas como en los días de su autor, y que constituyen una de las fuentes de error, más difíciles de cegar, en la cuestión de los jesuitas. Y hé aquí el conducto principal, por donde los ódios jansenistas han llegado á nuestros tiempos.

Pasó, para no volver, la mezquina filosofía francesa del siglo XVIII, y con ella pasaron los libros absurdos, que sus doctrinas contenían, hoy tenidos por antiguallas entre los hombres de seso, consagrados al cultivo de la ciencia; pero es forzoso confesar que las reliquias de tan despreciable sistema, fielmente conservadas por los rezagados de aquella escuela, han ejercido perniciosa influencia, extraviando el sentido histórico de la actual generacion, no convalecida aun de tales achaques. Y como esta escuela filosófica tuvo parte no escasa en la caída de los jesuitas, y su odio hácia la Compañía quedó consignado en las obras de sus apóstoles y corifeos, fácil es comprender el influjo que semejantes doctrinas habrán tenido en los juicios formados sobre aquel extraño suceso.

Como tercer elemento conjurado contra los jesuitas, debemos mencionar el regalismo, ya convertido en jansenismo puro, en el ánimo de los *piadosos* ministros de Carlos III. No han faltado en tiempos posteriores interesados partidarios de la intervencion del poder civil en asuntos eclesiásticos; y como punto de honra han juzgado el defender las doctrinas y los actos de sus predecesores.

El jansenismo, pues, la llamada *filosofía* del siglo XVIII, y las doctrinas regalistas concurren en estraña union á producir la singular providencia, que «por causas á sí reservadas» tomó el rey Carlos III. Estos tres elementos reunidos llevaron á cabo la obra de difamacion, cuyo resultado se hace sentir todavía. Afortunadamente los tres han pasado á la historia, y solo á título de monumento arqueológico, pueden llamar la atencion de los curiosos. Pero, como de la calumnia queda siempre algo, han quedado en nuestra sociedad multitud de preocupaciones anti-jesúticas, que importa disipar, presentando las cosas bajo su aspecto verdadero. Nuestro ob-

(1) En la Biblioteca Nacional se conserva una traduccion manuscrita de *Las Provinciales* hechas á fines del siglo XVII.

jeto en estos apuntamientos no es poner de manifiesto las monstruosas ilegalidades, cometidas en el extrañamiento de los regulares de la Compañía, ni mucho ménos refutar los absurdos y ridículos cargos, que contra ellos se fulminaron. En este trabajo se han ocupado doctas plumas, y por demás sería insistir en cosas cien veces repetidas. Nuestro propósito es puramente literario. Háse dicho por algunos que la existencia de la Compañía de Jesús era incompatible con la ilustración del siglo XVIII, y que, al quitar de sus manos la enseñanza, produjéronse bienes incalculables, abriendo nuevas vías al espíritu en todos los ramos de las ciencias y de las letras humanas. Preciso es desconocer por completo la historia literaria del siglo XVIII para asentar semejantes proposiciones. Forzoso es no haber recorrido las obras de aquellos varones insignes, que (nos atrevemos á afirmarlo) eran lo más ilustre que en ciencias y en letras poseía la España de Carlos III. Bastará recordar algunos nombres y determinados libros.

Tres escritores insignes forman la gran *Triada* jesuítica del siglo XVIII, Andrés, Eximeno, y Hervás y Panduro. ¿Quién negará los altos merecimientos del abate Andrés, que el primero (entiéndase bien) el primero en Europa, acometió la gigantesca empresa de escribir una *Historia universal de la literatura*? Rebosa la erudicion en los siete enormes volúmenes de su obra; hállanse en ella doctrinas críticas muy superiores á su época; es grande la severidad y acierto de sus juicios, cuando no le encadenan las preocupaciones literarias en aquella centuria dominantes. Iguales méritos realzan sus cartas sobre asuntos de erudicion y bellas artes, sus escritos en defensa del honor literario de su patria, y cuantos opúsculos salieron de su pluma, siempre fácil, amena y erudita.

Contagiado un tanto Eximeno por la filosofía sensualista de aquella era, muestra siempre dotes analíticas no comunes, y con flexibilidad de ingenio maravillosa, sabe pasar de la metafísica á la novela, de las matemáticas á los estudios musicales. Sus tratados filosóficos, su libro *Del origen y reglas de la música*, su *Apología de Cervantes* y otros escritos ménos conocidos, dan testimonio de su agudo ingenio y laboriosidad incansable.

Inferior en buen gusto y en prendas de escritor á sus dos compañeros, escédelos tal vez Hervás y Panduro por el número é importancia de sus trabajos verdaderamente prodigiosos. Asombra considerar los numerosos volúmenes que en español y en italiano dió á la stampa con los títulos de *El Hombre Físico*, *Historia de la vida del hombre*, *Catálogo*

de las lenguas, *Viaje estático al mundo planetario*. La ciencia filológica cuenta á Hervás entre sus primeros y más esclarecidos representantes; los estudios lingüísticos fueron ocupacion constante de su vida, y constituyen su mayor título de gloria, en el juicio de la posteridad. Merece no obstante singular aprecio como filósofo, y hombre erudito en todo linaje de conocimientos y disciplinas.

Las acusaciones dirigidas á la literatura española en los libros de Tiraboschi y de Bettinelli dieron noble asunto á la pluma del jesuita catalán D. Javier Lampillas, autor de un *Ensayo histórico apologético*, escrito con erudicion copiosa, si bien no con sobrada crítica. En tal empresa probó tambien sus bríos el P. Tomás Serrano, dando á luz dos elegantísimas cartas latinas en defensa de Lucano y de Marcial, harto maltratados por los críticos italianos. El desprecio en que veia ser tenidas las cosas de su patria inspiró á Masdeu el pensamiento de publicar en lengua toscana su *Historia crítica de España*, obra famosa, que presta tanto asidero al elogio como á la censura, pero en la cual es forzoso reconocer aciertos frecuentes, aparte de la labor no escasa. Al desagravio de su ultrajada patria acudió tambien el malogrado jesuita Nuix, autor de unas importantes y poco conocidas *Reflexiones sobre la humanidad de los españoles en las Indias*. Distínguese al propio tiempo el abate Arteaga, como historiador de las *Revoluciones del teatro musical italiano*, y autor de una obra de estética, muy notable para su tiempo. Como helenista insigne brillaba el P. Manuel Aponte, traductor de la *Iliada y de la Odisea*, y catedrático de griego en la universidad de Bolonia. Y no aparecian inferiores el P. Luciano Gallisá, conocido por anteriores trabajos literarios, y el mallorquin Bartolomé Pon, traductor insigne de Herodoto, Longino y Dionisio de Halicarnaso. Con limada dición y elegante estilo escribía el P. Aymerich sus *Prousiones Philosophicæ*, mientras su paisano Prat de Sabá daba á luz en Ferrara dos poemas latinos, consagrados á celebrar el comienzo y el fin de nuestra reconquista, *La lid de Covadonga* y *La conquista de Granada*. Lasala y Colomé hacian resonar su nombre en los teatros de Italia; Ceris y Gelatert, traductor de Tibulo y Propertio, componía no despreciables poesías líricas; Alcovero se ocupaba en la version de Horacio; Arévalo daba á luz con eruditísimas ilustraciones las obras de Prudencio, Javeneo, Draconcio, Sedulio y San Isidoro de Sevilla, así como la *Himnodia Hispanica*. Y mientras Borrego ponía cima á una *Historia universal*, el diligente bibliófilo Diosdado Caballero investigaba los orígenes de nuestra tipografía, y con los trabajos de sus compañeros formaba un *Suplemen-*

to á la biblioteca de la Compañía de Jesús. No menor actividad desplegaron otros miembros de la Compañía; el P. Terreros trabajaba en su *Diccionario universal de ciencias y artes*; el novicio Montengon, á quien faltó solo escribir bien el castellano para ser literato muy apreciable, traducía á Sófocles, parafraseaba á Ossian, y ensayaba con éxito no infeliz sus fuerzas en la novela.

La casualidad de haber muerto algunos años antes, hizo que no acompañase á sus hermanos en el destierro el P. Andrés Márcos Burriel, explorador infatigable de archivos y bibliotecas. No aconteció otro tanto al P. Isla, sátirico eminente, que en Italia consagróse al trabajo con el mismo ardor que en su edad juvenil. Allí escribió diferentes opúsculos críticos, empezó un largo poema burlesco con el título de *Ciceron*, y tradujo las sátiras de L. Sectano, el *Gil Blas*, y las *Cartas* de Constantini.

De nuestras colonias americanas vinieron doctísimos varones á acrecentar el lustre de la institucion de que formaban parte. Méjico envió al P. Abadiano, intérprete no infeliz de las églogas de Virgilio, al P. José Alegre, insigne traductor de Homero, y comentador de la Poética de Boileau, y á Clavijero, erudito investigador de la historia de su patria. Vino de Chile Molina, autor de la *Historia civil y natural de su país*, en cuyo prólogo menciona á otros tres jesuitas que se ocupaban en trabajos análogos á los suyos. ¿Quién podrá enumerar á los muchos que se distinguieron como poetas latinos?

Tenemos la casi seguridad de haber omitido algun nombre digno de recordacion, en la breve reseña que antecede. Está por trazar el cuadro de aquel brillantísimo período de nuestra historia literaria. En un excelente artículo sobre Montengon inició este pensamiento nuestro distinguido amigo y paisano D. G. Laverde. De desear sería que alguien acogiera tan fecunda idea, y lograra dar feliz remate á su empresa. Algo hemos trabajado en este punto, y algunos datos no muy conocidos hemos tenido la suerte de allegar en las investigaciones que, con mejor deseo que fortuna, hemos intentado sobre tan curiosa materia. En estos artículos nos proponemos bosquejar, en cuanto lo permitan los límites de este periódico, el maravilloso espectáculo que ofrece la actividad intelectual de los jesuitas extrañados de España en 1767. En uno de los próximos números daremos comienzo á nuestra tarea con la biografía del abate Andrés.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

LA DESPEDIDA DE LA HUÉSPEDA ÁRABE.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

10. Y habitaad con nosotros: la
tierra está á disposicion vuestra,
labrad, negociad y poseedla.

GÉNESIS, Cap. XXXIV.

Ya que nada detiene
tu planta pasajera
en este tan feraz país dichoso,
ni del alta palmera
la blanda sombra, que al amor previene,
ni el rubio grano del maíz gustoso,
ni la abundancia del aduar tranquilo,
ni el dulce encanto del vital reposo;
ni el ver que, dando al sentimiento asilo,
al eco de tu voz late turbado
el pecho juvenil de mis hermanas,
que al declinar la tarde, en animado
vistoso grupo, ensayan bulliciosas
alegre danza de compás ligero,
sus formas destacándose galanas
sobre la cima del cercano otero.

Adios, blanco viajero;
Por temor de que á un salto repentino
te arrojara en las piedras del camino,
yo, con mi propia mano,
ensillé tu corcél de ardientes ojos,
de anchos ollares rojos,
que de su esclavitud se muestra ufano;
hiere su casco el suelo,

de dura fibra y de alisado pelo
es su redonda grupa, reluciente
como la negra roca
que pulimenta el agua del torrente.

Tú marchas sin cesar! No eres de aquellos
que los breves contornos, aunque bellos,
de la cónica tienda, al suelo atada,
al perezoso pié dan por barrera,
ó la humilde techumbre entrelazada
con el tallo gentil de la palmera.
Que siempre soñadores,
sin que siga á su afán nunca el intento,
de empresas superiores
es el relato su mayor contento;
y á la puerta sentados de su choza,
cuando tiende la noche el negro velo
sembrado por do quier de luces bellas,
sueña su loco anhelo
subir á la region de las estrellas!

Si tú hubieses querido, acaso alguna
de nuestras bellas jóvenes sencillas,
mirado hubiera como gran fortuna
servirte de rodillas
bajo la tienda de mansion incierta,
siempre al viajero con amor abierta.
Ella, para alejar de tu alba frente
del mosquito tenaz el dardo fiero,
mientras con tierno canto dulcemente
arrullaba tu sueño placentero,
formara de odoríferas retamas
fresco abanico con las verdes ramas.

Pero te alejas, ay! Tú noche y día
caminas solo, de tu afán por guía
estraña emulacion. Las herraduras
de tu caballo, al imprimir sus huellas,
hacen brotar de entre las piedras duras
surtidores de fúlgidas centellas.
En el agudo hierro de tu lanza,
que brilla entre las sombras cuando avanza
tu rápido corcel, volando ciegos
mil veces los espíritus alados,
que huyen del día las vistosas galas

y hacen la noche escena de sus juegos,
rasgaron torpes las fibrosas alas.

Si vuelves, por acaso,
toma por guía de tu incierto paso,
del pobre aduar hasta el recinto bello,
las cimas de ese monte,
que á lo léjos se vé en el horizonte
como el gigante lomo de un camello.
Para encontrar mi choza hospitalaria
recuerde tu memoria
que la hace bien notoria
entre las otras de la aldea amena,
el agudo techado,
tosco como el ramaje entrelazado
que cobija la rústica colmena;
que en su recinto humilde
solo una puerta tiene harto mezquina,
pero abierta hácia el cielo
por el lado do vuelve en raudó vuelo
la amante y pasajera golondrina.

Si no vuelves, al menos
un recuerdo consagra á mis hermanas,
las de la dulce voz y ojos serenos,
las hijas del Desierto maldecido
que, al compás de entonada cantinela,
bailan, desnudo el leve pié pulido,
alegre danza en la abrasada arena.
Recuérdalas, siquiera agradecido,
bello jóven de pálido semblante,
hermoso como el cisne pasajero;
porque, tal vez, amante,
de las que cruzan la movable duna,
tu memoria, extranjero,
conserva viva el corazón de alguna!

Adios, pues! Tu camino
sigue feliz. Tu nacarada frente
guarda del sol ardiente,
que nuestra tez morena
al fuego dora que el espacio llena,
pero que abrasa al par el trasparente
débil tejido de la tez rosada;
guárdate de la Arabia inexplorada;

de la vieja que cruza vacilante
las sendas, sola, con torcido paso;
y de aquellos, que encuentra el caminante
en la noche serena,
de las estrellas al fulgor escaso,
trazando rayas en la blanca arena!

ADOLFO DE LA FUENTE.

LA MONTAÑESA.

VI.

(CONCLUSION.)

A su vez el corro masculino—*amant alterna camoence*,—
declama una escena en todo semejante, pasada la cual,

*(Sale Tomasa y con ella dos niños que traerán un botijo ó
calderon, pan, queso y lo demás que dicen los versos.)*

MAN. ¡Válgate Satanás! Tanto
como has tardado en traerlo;
ya estamos secas de puro
esperarte. No lo siento
por mí, por la probe viuda
que está sin tomar sustento.

TOM. ¡Hija! ¡Si vieras qué prisa!
Más habia de doscientos
que esperaban; y por mucho
favor á mí me lo dieron.

MAN. ¡Trae! Echa acá ese botijo. *(Destápale.)*
¡Jesús! Este no está lleno.

TOM. Algo se balducaría.
¡Como vine tan corriendo!

- MAN. Mejor te lo habrás echao
en el camino al coletó.
- TOM. ¡Eh! ¡La grande desolada!
No viene mi casta de eso:
borracha serás tú.
- ANT. ¡Calla!
No riñais, ni alborotemos;
tened lástima á la viuda
que ha enterrado su consuelo.
- VIUDA. ¡Ay!
- LUCÍA. Hija, encomendarle á Dios.
- TOM. Sí, hijas, vaya.
- MAN. Arrecemos
por los que han muerto en la calle.
(*Murmullan entre sí en tono de rezar.*)
Por todos los que han muerto
en el servicio del rey.
Patrenoster... Arrecemos
por el que se hace el ufragio
para que Dios le haya hecho
buena partida á su alma.
Patrenoster. (1)
- VIUDA. ¡Ay, probe! ¡Que sin consuelo
hé quedado! ¡Sola y triste
sin mi amado compañero! (*Aráñase.*)
- TOM. Hija, vaya; no seas tonta,
no llores, aquel ya es muerto;
no te mueras tú. Manuela,
echa de beber.
- MAN. Echemos
antes un bocao.
- LUCÍA. Vaiga.
- TOM. Dale á la viuda primero.
Trae acá, sinó: toma, Susa,
come ahora.
- VIUDA. ¡Ay! ¡Que no puedo
atravesar un bocao!
¡Ay santos Mártiles viejos! (2)
¡En vuestro día glorioso
me le llevásteis! ¡Qué negro
fué este día para mí!
¡Ay desdichada!

(1) Observan estos rezos en las Buenas glorias para dar principio á sus sesiones.
¡Qué buenos rezos! (Nota del entremés.)

(2) *Mártiles viejos*. Alude á las esgrías viejas de los Santos Patronos, que habia antes que se quitase el antiguo retablo. (Nota del entremés.)

- MAN. Ya de eso,
hija, no te has de acordar;
mañana iremos lo mismo.
Toma de beber, que no has
metido nada en el cuerpo.
- VIUDA. ¡Que no lo puedo pasar!
¡Ay, mi Juan! ¡Mi compañero!
¡Cómo podré yo olvidarte! (*Bebe.*)
- LUCÍA. Echa de beber. ¿Qué hacemos?
- MAN. Hija, no echés en la jarra
de medio cuartillo; quiero
que me echés en la de azumbre.
- ANT. A mí también.
- LUCÍA. Yo lo mismo.
- TOM. ¡Eh! ¡Mira las borrachonas!
Que vos traigan un pellejo;
el diablo os lleve: tomad
hasta que reventéis, cueros.

(*Dáles la jarra y beben.*)

Vuelven á cobrar la palabra los varones, continuando el paralelismo de la accion: el diálogo se anima cuando hablan de nuevo las mujeres.

- MAN. Echa por acá esa jarra,
Lucía.
- TOM. ¡Eh, diablos! Qué luego
quereis *golver* á beber;
desolladotas sin suelo,
que no venís sino á hartaros;
teneis buen embocadero.
- MAN. ¡Mira tú la borrachona!
Ya van seis veces arreo
que has bebido, y yo una sola;
venga esa jarra.
- TOM. No quiero,
que ha dado por ahí la vuelta
siete veces á lo menos.
- MAN. Tan bien como tú la pago.
- ANT. ¡Eh! No teneis miramiento:
teneis á la probe viuda
sin beber, con vuestros cuentos:
dále de beber.
- TOM. Toma, hija;
Dios te dé salud y esfuerzo
para *incomendarle* á Dios.

Yo quedé viuda lo mesmo
que tú, de veinte y dos años;
que se me ahogó; y por eso
no me ha faltao hasta aquí
Su Magestá. *(Bebe.)*

MAN. Yo lo mesmo
quedé con cinco familias,
sin más amparo que el cielo,
y los he criado á todos. *(Bebe.)*

VIUDA. ¡Ay, hijas! Que yo no puedo
olvidar á mi Juan, que era
el probecillo tan bueno,
que aunque yo viniera á casa
á deshora en cualquier tiempo,
jamás me dijo palabra.

ANT. Era un bendito; un cordero.
¡Ay! ¡Dónde encontraré otro!
¡Ay! ¡Virgen de los Remedios!
¡Qué sombra me fué de casa!
Mojer, ten entendimiento:
espántome de tus cosas.
Dios no falta en nengun tiempo. *(Bebe.)*

.
.
.
.

*(Ha de haber dos niños que representen los que las madres
suelen llevar en su compañía á las Buenas glorias.)*

MAN. Bebe, hijo mio; Pepuca,
toma pan, arenqui y queso.

TOM. ¡Eh, diablos! ¿Teneis más hijas
que traer para acá dentro?
Trayed tambien el marido.

MAN. Satanás us lleve.—¡Quiero!
Déjalas. ¡Probes criaturas!
Tragonas, que estais creyendo
que us ha de faltar: tomad,
mas que reventeis con ello.

.
.

LUCÍA. ¿No han venido las mis hijas?
¡Ay, probetucas! Partiendo
me están aquí el corazon.
Este pocuco de queso
he de guardar. ¡Las mis probes

- que se estarán deshiciendo!
TOM. ¿Cuántas tienes?
LUCÍA. Mojer, tres.
Para las dos no hay remedio
de que aprueben un bocao;
alguna alma mala temo
que me las va hiciendo mal.
ANT. Hija, á la mi Paca tengo
yo de la misma manera.
LUCÍA. Yo tantísimos remedios
las hecho, mojer, que más
de diez pesos duros llevo
gastados, y no sé qué es
que se me van consumiendo;
y yo tengo mal escajo.
TOM. ¿La han *lido* los Evangelios?
LUCÍA. No, mojer.
TOM. Pues no seas tonta,
no le hagas otro remedio
que ese es mal de fuera, claro. (*Bebe.*)

Como el beber no cesa, las honradas dueñas vánse poco á poco tomando del vino, sácanse á lucir los *trapos*, segun frase propia, y dan pasto gustoso al enfurecido diente en la honra ajena.

- TOM. Mojer, dame aquellos riales
que me debes; que ya es tiempo,
y estoy en necesidad
sin mi Francisco saberlo.
MAN. ¡Eh, diablo! ¿No tienes más
que echarme en cara más presto?
¿No tenías otra parte
onde pedirlo?
TOM. No tengo
de estar sin ello por tí.
MAN. Pues yo agora no los tengo.
TOM. Búscalos. ¡El Judas de ella
que se anda de mí escondiendo!
Si es para ir al vino blanco
no te falta á tí dinero.
MAN. Borracha lo serás tú,
y tu casta, que no vengo
yo de eso. Oyes, Lucía,
ven, ven, guéleme el aliento.
¡El diablo la borrachona,
que es capáz de echarse entero

un cuartillo de aguardiente
sin *alendar* en el cuerpo,
y tiene que decir!

TOM.

Oyes:

has de saber que no vengo
yo de casta que me topen
borracha nunca en el suelo,
ni que me traigan á casa...
cabalito, sí, y no es cuento.

MAN.

Oyes, mira bien lo que hablas,
que no eres en ningun tiempo
tú para puesta conmigo.

Has de saber que yo tengo
parientes y muy honrados,
que han metido barba dentro
de cáliz, lo que tu nó.

Y este jugon, aunque viejo,
has de saberte que tiene

mucha honra; que aquí no hay miedo.

TOM.

¡Eh! Mira la fanfarrona!

Has de saber que tan güenos
ó mejores que los tuyos
tengo yo parientes; pero
no me doy tanto á entender.

MAN.

¿Como los míos? Un cuerno
para tí.

TOM.

Sí, mucho, mucho.

MAN.

En tu vida, ni tú ni ellos.

Anda, vete noramala,
deslenguada, que te dejo
como lo que eres no mas.

TOM.

Has de saberte que echo
bien el pié, y que cuando salgo
á la calle, voy derecho;
que en sacudiéndome asina,
todo tras de mí lo dejo.

MAN.

Tambien yo, que has de saber
que en la cara y frente llevo
mucha honra, eso sí, cabal.
Cabal, cabal que la tengo,
que á ninguno de los míos
le han topado en ningun tiempo
debajo la cama hurtando (1)
las calderas, como han hecho

(1) Expresion y ademan comunísimo cuando riñen. (Nota del entremés.)
(1) *¡Hurtadas!*

- á los tuyos.
 TOM. Eso, mientes
 desollada.
 MAN. No, no miento.
 TOM. ¡Mira tú la cantonera!
 LUCÍA. No vengais aquí á poner os
 así: mirad á esta probe.
 ANT. Vaya, vaya, dejad eso:
 echad un trago. Tomasa,
 venga la jarra.
 MAN. A mí luego. (*Beben.*)

 MAN. El mundo está ya perdido.
 LUCÍA. Hija, dices bien. Es cierto
 que las solteras de agora
 andan con tanto desuello
 que es una mala vergüenza. (*Bebe.*)
 VIUDA. No era así de nuestro tiempo.
 MAN. ¿Viste hoy la hija de la Juana?
 TOM. ¿Cuál?
 MAN. La mayor.
 TOM. Sí por cierto.
 Hija, me dejó espantada.
 ¡Qué saya! ¡Qué jugon nuevo!
 Yo no sé de dónde sale,
 porque un probe marinero
 no puede dar para tanto. (*Bebe.*)
 VIUDA. ¡Ay, bobas! No vá muy lejos
 á buscar quien se lo dé.
 MAN. Mojer, ¿quién es?
 VIUDA. Un gallego
 que anda ahí, capitan de barco,
 el cual, ni vivo ni muerto,
 sale de su casa.

Vé ya el lector cómo el ardiente pesar se entibia con un sorbo y un baño de maledicencia.—Dejemos aquí la cita que pasa ya todo límite discreto. Ni en caso alguno consentirían alargarla los vocablos punzantes y sonoros que el poeta, honradamente poseído del asunto, y fogoso secuaz del *realismo*, pone en boca de sus heroínas; vocablos cuya propiedad y expresiva significación no bastan á consentírselos á lábios limpios ni oídos pulcros.

El entremés termina agarrándose del pelo las convidadas, con motivo de sospechar unas en otras el hurto de una parte

del vino. Este hace de las suyas en el cerebro de la señora Manuela.—á la cual es por cierto extraño no oír nombrada con un alias, ó sea apellido de combate, privilegio histórico de todas las matronas de su temple y su garbo,—interviene su esposo Francisco de la manera lastimosa y enérgica que es comun en el pueblo de todos los países, no en la calle del Mar solamente; y á la zurra, y al escándalo, y al sainete ponen fin, mediando oportunamente, dos honrados y compasivos Alcaldes de barrio.—Si la piececita se representó, como su cubierta asegura; si á la representacion asistieron, como parece probable, marineras, y no se alzaron violentas contra el riguroso retrato, prueba dieron de pacientes y filósofas, poco usada en caracteres presumidos de mayor mesura y señorío sobre sí mismos.

Sobrado insistir ha sido en flaquezas femeniles: justicia será no terminar sin traer á cuento las terribles inquietudes y dolores, á cuyo perpétuo é implacable amago son acaso diversion y solicitud olvido la licencia y descuello de ciertos hábitos y placeres.

Esa voz del mar crecido y bravo, estímulo de la piedad del penitente, despertador del atrevido discurso del filósofo, arrullo de las altas imaginaciones del poeta; esa voz que escuchan con emocion sublime el pensador vario y el artista que no han de pedir al mar su natural sustento, y en cuyos acentos busca el haziado sibarita novedad que agite su enervado organismo, sensacion que imprima pasajeros asomos de vida á sus gastados sentidos; esa voz es al oído de la marinera aullido de fiera enhambrecida, cuyo apetito busca saciarse en los que ella ama, padre, marido, hijos ó hermanos.

La sonora marejada, que se tiende y se recoge hervorosa é inquieta sobre la rampa, ó cabrillea juguetona á lo largo de los incontrastables sillares del muelle, es quizás eco y reflejado impulso de la gigante ola que al derrumbarse sobre sí misma en las soledades del Océano, al romperse contra las rocas de Langre ó las arenosas Quebrantas, ha envuelto ó estrellado un barco, sorbiendose las quince ó veinte vidas que lo tripulaban.

No queda el corazon de la mujer por bajo de la energía necesaria á ocasion tan dolorosa y tremenda. La Providencia, que le ha espuesto á la prueba, le ha dotado de fortaleza natural para sufrirla y vencerla.

Yo os deseo en trances parecidos, ó en otros cualesquiera de vuestra vida, á cuantos habeis leído estas ligeras memorias, la fé poderosa é inquebrantable con que la marinera, despues de los primeros rugidos y desahogos de su pesar acerbo, acude al cielo, á la Virgen María, á sus mártires

Emeterio y Celedonio, y en misas de sufragio, salves y novenas, les pide intercesion y misericordia para las almas que en hora inesperada fueron llamadas á juicio.—Entonces ya no se agita y retuerce en convulsion desesperada; ya no apostrofa al mar y al viento, al cielo impenetrable, al destino ciego y riguroso; ya no ensordece la calle con sus gritos, ni el templo con sus ayes.—Entonces corren sus lágrimas calladas y copiosas bajo la tupida mantilla que le cubre la humillada frente, y se las vé caer y embeberse en la negra estameña tendida sobre el pavimento de la iglesia, sujeta por los candeleros que en sus cuatro cabos sostienen otras tantas velas encendidas; entonces la veis apretarse el pecho para hacerle callar, y que sus sollozos no perturben ni distraigan á los que cerca de ella rezan; entonces recoge y llama á sí aquel dolor á cuyas expansiones eran antes estrechos el aire y el espacio, para ofrecérsele entero al único que sabe consolar, al único que puede redimir; entonces la envidia acaso el alma aridecida y extraviada que no ha podido olvidar cuánto pesa en las medidas del cielo todo aquello que no cabe en las balanzas humanas el ¡ay! ferviente, la lágrima contrita y la oracion sincera.

AMÓS DE ESCALANTE.

TIPOS TRASHUMANTES.

VI.

UN APRENSIVO.

Puede ser de Rioseco, lo mismo que de Palencia ó de Zamarramala. No es viejo, ni tampoco jóven; ni rubio ni moreno, ni alto ni bajo, ni rico ni pobre.—Trajó baul de cuero peludo y sombrerera de carton.—Hospedóse como pudo y al día siguiente fué á entregar la carta de crédito que traía á su orden contra una casa mercantil de la plaza.

—¿Los señores de Tal y Cual y Compañía?

—Servidor de V.

—Tenga V. la bondad de enterarse de esta esquelita.

—Cúbrase V. y siéntese.

—Muchas gracias.

—¿Quiere V. recibir ahora la cantidad que los Sres. Morcajo y Compañía me mandan poner á su disposicion?

—No señor; iré tomando á cuenta lo que necesite, si á ustedes les parece.

—Como V. guste. Y ¿cómo están aquellos señores?

—Tan guapamente..... quiero decir, salvo aquel sobrehueso del D. Atanasio, que no le deja moverse de la silla cuatro años hace.

—Eso es lo peor. Y V., á lo que parece, se ha venido por ahí á veranear?

—No fuera malo, señor mio. Por ese solo placer quedárame en casa, que los tiempos no están para moverse de ella. Vengo, créalo V., por la necesidad que tengo de tomar los baños.

—¿Y ya está V. instalado?

—Sí, señor: ahí paro en cá de un paisano, en Santa Clara. Mucha bestia, mucha mosca y bastante ruido hay; pero como dicen que el olor de la cuadra es bueno para el pecho, no me pesa haber encontrado eso. Yo mejor querría un parador con vistas á la mar alta; pero mire V. que llegué á dar hasta doce

reales por un cuarto en el Sardinero, y el demontres del posadero se me echó á reir. Conque volvíme ahumando á la ciudad, donde pago medio duro. Le digo á V. que la vida cuesta aquí un sentido. Pero la pícara necesidad de los baños....

—Pues hombre, el semblante de V. revela mucha salud.

—Calle V., por Dios, que estoy hecho una carraca vieja!... Como que si en este mar no la compongo, no me queda más remedio que la huesera...

—¿Se ha dado V. ya algun baño?

—Si llegué ayer, de tardecita; y en un carricoche fuí al Sardinero, y en el mismo me volví, ya de noche, cuando ví lo caro que andaba por allí el hospedaje. Ahora vuelvo allá á enterarme de lo tocante al baño; porque pensar que me he de meter yo en lo que no conozco siquiera de oídas, es pensar los imposibles. Conque, si ustedes no mandan otra cosa, me alegro de verlos tan buenos, reconózcanme por un servidor, y hasta otro día, que algunos he de volver, si Dios quiere y la salud me lo permite.

—Muchísimas gracias, y que aprovechen los baños.

—Pues si nó me pintan, no será por falta de *modo* para tomarlos.

EN LA PLAYA.

—Conque, segun las trazas, es V. bañero.

—Ya vé V.

—Vaya, pues, me alegro mucho. Yo tambien vengo á tomar baños.

—Me alegraré que aprovechen.

—Así lo espero. Y diga V.: ¿está esto muy hondo?

—Hay de todo. Si se queda V. cerquita...

—¿Y si entro mucho?

—Si entra V. mucho, hallará más agua.

—Quiere decir que segun voy entrando...

—Le vá á V. cubriendo, cubriendo...

—Eso es, hasta que ¡plaf! se vá uno al hondo.

—Cuando no se sabe nadar...

—Pues es una broma pesada. Y diga V., ¿estarán firmes estas cuerdas?

—Ya lo vé V.

—De modo que, bien agarrado uno á ellas, aunque venga la ola de firme... Diga V., ¿de qué lado suelen venir?

—Hombre, segun sople el viento; pero, por lo comun, de frente, como ahora.

—Quiere decirse.... eso es, que poniéndome de cara hácia afuera, las recibiré en las espaldas.... Pero entonces no veré lo que viene sobre mí. ¿Cuál le parece á V. lo mejor?

- Eso vá en gustos.
—Como tiene V. la experiencia ya.... ¿Y si me tiran?
—No suelte V. la cuerda.
—¿Y si la suelto?
—Le tiran á V.
—¿Y qué hago entonces?
—Agarrarse á la arena.
—¿Es seguro eso?
—A veces.
—Pero ¿no están ustedes para sacar de esos apuros?
—Cuando se nos manda.
—¿Y si no se lo mandan á ustedes?
—Nos estamos, como ahora, paseando por el arenal.
—Aunque yo me esté ahogando?
—Si le viéramos á V., y hubiera tiempo....
—Es decir que puede no haberle.
—Yo lo creo.
—Canastos! Pues ¿cómo hay ahora otros bañeros con aquellas mujeres?
—Porque los han pedido y pagado.
—Ah, vamos. Pues yo tambien tomaré uno... ¿Tiene usted mucha fuerza?
—¿Para qué la necesita V?
—Hombre, para un apuro de esos de que íbamos hablando.
—¿Vá V. á empezar hoy á bañarse?
—No señor, mañana. Ahora vengo á tomar informes de esto, porque á mí no me hace gracia meterme en lo que no conozco... Por de pronto, me gustaría más la playa si fuera llana, siquiera media legua adentro.
—Tendría que ver.
—Dicen que algunas son así.
—Valientes playas serán esas.
—Quiere decir que esta es mejor?
—Como esta no la hay, hombre.
—Y el agua ¿tambien es buena?
—De la mejor que se conoce.
—Pues eso es lo esencial para los que venimos á bañarnos por necesidad. Y, á propósito: yo quisiera ver al médico del establecimiento. ¿Andará por acá?
—Cabalmente está ahora en la galería... Mírele V.
—¿Quién es?
—Aquel señor de la barba negra que está hablando con otro jóven delgadito.
—Pues voy á hablarle antes que alguno le comprometa.... Conque, amigo, muchas gracias por todo y hasta mañana; porque yo desearía bañarme con V.

- Si estoy desocupado entonces, con mucho gusto.
- Pues lo dicho, dicho.
- (Como yo te eche la zarpa, menudo remojon vas á chuparte.... Yo te diré de qué lado viene la mar?)

CON EL MÉDICO.

- Saludo á V., caballero.
- Beso á V. su mano.
- Me han dicho que es V. el facultativo del establecimiento.
- Tengo en él mi gabinete de consultas.
- Es igual. Pues yo quería consultar.
- Cuando V. guste....
- Ahora mismo.
- Pase V. á esta habitacion.... Sírvasse tomar asiento.
- Muchísimas gracias, señor de.... ¿de qué, si no le incomoda?
- Zorrilla.
- Hombre! Como ese que hace coplas. ¿Son ustedes parientes, por si acaso?
- Sospecho que nó.
- Es que es paisano mio ese Zorrilla, y podria V. serlo tambien.
- Pues hágase V. cuenta que no lo soy.
- Vaya, pues lo siento; porque cuando se halla uno con gente de la misma tierra, le parece que no ha salido de casa... Pero es igual con tal que la salud... Pues yo quería consultar sobre la mia.
- V. dirá.
- ¿Cuántos baños cree V. que debo tomar yo, de cuánto tiempo y á qué hora?
- Si V. no me dice antes por qué los necesita.....
- Pues por la salud.
- Ya lo supongo; pero la salud se quebranta por mil causas; cada causa puede dar origen á una enfermedad, y cada enfermedad necesita un tratamiento determinado.
- Es verdad eso; y voy á decirle á V. de contado lo que padezco. Pues, amigo de Dios, ha de saberse V. que todo ello resulta de un susto que cojió mi madre el dia en que se casó.
- Es raro eso, hombre.
- Por qué?
- Porque no hallo concomitancia... Si el susto le hubiera cojido algun tiempo despues...
- Es que yo soy *sietemesino*.
- ¡Vamos! Eso ya varía de especie.
- Pues sí señor; se escapó un novillo que se habia de cor-

rer aquella misma tarde en la plaza, y arremetió á mi padre en el momento de salir de la iglesia con mi madre, despues de casados. Mi madre se desmayó al verlo, vino gente, salvaron á mi padre como de milagro, recogieron á mi madre; y sobre si tuviste tu la culpa ó la tuve yo, armóse despues en el pueblo una de palos que el mundo ardía. Mi madre tardó en volver en sí, pero no echó el susto del cuerpo en mucho tiempo, y puede asegurarse que en todo el embarazo no fué ya mujer: un soponcio le iba y otro le venia. De resultas de todo esto, nací yo hecho una miseria, y hágase V. la cuenta que el verme vivo á los siete años le costó á mi padre un sentido. El ruido de una puerta me tumbaba en el suelo, el aire me hacia toser, con el frio sabañones, con el calor agónías, con el agua fresca pasmos, con la templada vómitos.... en fin, que llegué de milagro á los diez y ocho años. A esa edad me entoné un poco ya; y como quedé huérfano y tuve que atender á mis haciendas, el trabajo y la distraccion me arreglaron el cuerpo algo más, y así estoy; pero, créame V., aborrecido de cambiar de médicos y de medicinas. Tan pronto que baños calientes de esta clase, tan pronto que de la otra; tan pronto que las del rio; hoy que friegas, y mañana que restregones, hasta que un médico de regimiento que pasó por el pueblo y que venia recomendado á un amigo mio, me aconsejó que tomara los baños de mar... y aquí me tiene usted.

—Bien está; pero todavía no me ha dicho V. qué dolencia es la que principalmente le aflige.

—Pues todas esas de que le he hablado.

—¿Cuáles?

—Mire V., por de pronto el estómago.

—¿Le duele á V?

—No señor.

—¿Hace V. malas digestiones?

—Por ahí!

—Siente V. ardores....

—Nada de eso. Lo que me pasa es que yo soy de mucho comer, y que en cuanto como algo más que lo de costumbre, siento aquí un peso.....

—Y repugnancia?

—No señor; nada más que el peso, que me dura como un par de horas, hasta que....

—Vomita V., eh?

—No señor, me quedo como un reló... y con un hambre de dos mil demonios.

—Hola!

—Y eso es lo que á mí me hace cavilar, porque parece

mentira que con lo que yo como no se me quite el hambre.... y sobre todo el peso.

—Y la cabeza ¿qué tal?

—La cabeza.... esa es otra más gorda. Cuando tenia veinte años, resistía yo el sol de la era toda la mañana en pelo sin que uno de ellos me doliera; pues ahora, ya te quiero un cuento: á las dos horas de estar al sol, ya sudo y me entran los desperezos.... Y esto es lo que tambien me vá dando cuidado.

—Y es grave, en efecto.

—Lo vé V!

—Sí, señor, bastante grave.... ¡muy grave!

—Cuando le digo á V. que paso la vida en una agonía.... Y lo que más rábia me dá es que todo el mundo dice que me quejo de vicio, y que patatin y que patatan.... Hasta los facultativos se han reido de mí!... Conque ¿le parece á V. que me sentarán estos baños?

—Están indicadísimos.

—Y cuántos?

—Lo mismo una docena que dos.

—Yo creí que siempre se tomaban nones.

—Tome V. nones.

—Eso me parece mejor. ¿Y de cuánto tiempo.

—Hasta que V. tirité de frio.

—Y mientras esté de baños, ¿podré tomar fresco?... porque á mí me gusta mucho.

—A mí tambien en este tiempo.

—Luego cree V. que podré tomarlo.

—A todas horas.

—¿Antes del baño tambien?

—Y despues del baño.

—Hombre, mucho es eso. ¿Y para el desayuno tambien?

—Tambien para el desayuno.

—Caramba! Y qué fresco elejiré?

—El que corra.

—¿Y si corren varios?

—Los toma V. todos.

—Hombre, será mucho eso! Yo prefiero la merluza sola.

—Ah, vamos! V. me hablaba del pescado.

—Sí señor, le llamamos *fresco* en mi tierra.

—Pues en ese caso tengo que corregir... El mejor pescado para V. es el atun.

—No me disgusta; pero yo creía que era más *pesado* que la merluza. Y ¿á qué hora lo tomaré?

—Un poco antes de meterse en el baño.

—Hombre! ¿Y en qué cantidad?

- Un par de libras, si caben.
—Yo lo creo.
—Pues á ello.
—¿En seco?
—De ningun modo.
—Entonces, clarete.
—Nada de eso; aguardiente es mejor reactivo.
—Es verdad. Y diga V., ¿cómo aprovecha más el baño, entrando poco á poco ó de sopetón?
—Ni de un modo ni de otro: á V. le conviene el trote.
—Y despues me acurruco, agarrado á la cuerda.
—No, señor; despues de darse V. una trotada por el arenal.....
—Ah, conque ha de ser por el arenal?
—Precisamente; se echa V. de cogote...
—Al agua?
—Naturalmente.
—Pero cómo?
—Sabe V. nadar?
—Como un canto.
—Entonces véngase V. á la galería, y desde allí le enseñaré yo... ¿Vé V. á la derecha, aquel peñasco que se mete más que los otros en el mar?
—Sí que le veo.
—Pues desde allí se tira V. de cabeza.
—Zambombal... ¿Y despues?
—Despues?... despues vá V. á contárselo á su abuela.
—Jajajá... ¡qué buen humor tiene este señor de Zorrilla!... Pues anda, que se ha largado... y sin cobrar la consulta. A bien que todos los días he de verle despues del baño para explicarle el resultado y pedirle el plan para el siguiente.

EN LA DESPEDIDA.

- Conque, vaya V. mandando lo que se le ofrezca para mi tierra.
—Tan pronto!
—Y la mitad me sobra.
—Como vino V. á bañarse....
—A matarme, dirá V.
—Es decir que no han sentado los baños.
—En la misma boca del estómago..... y eso tan solo con olerlos. Conque, ¡figúrese V. si llego á probarlos!
—No comprendo....
—¿No se acuerda V. que le dije que el médico me había mandado tomar, antes de bañarme, dos libras.....

—Mucho que sí.

—.... Y V. se empeñaba en que era una broma del señor de Zorrilla para curarme la aprension, y que torna y que vira? ¡Mal rayo me parta!... Pues bueno: yo que tomo al pié de la letra todo lo que toca á la salud y al modo de recobrarla, porque la tengo perdida, aunque diga lo contrario el mundo entero, el día siguiente al de la consulta, me bajé por la mañana al Sardinero, despues de haberme envasado las dos libras de bonito y el medio cuartillo de aguardiente. Vestíme de bañista, salíme al arenal y comencé á trotar en redondo. La gente me miraba; eran las diez, y no parecía sino que Dios echaba rescoldo por el cielo abajo, segun las ampollas que sacaba el sol. A la media vuelta ya sudaba, y á los cinco minutos hubiera jurado yo que el aguardiente estaba en llamas y el bonito hecho una lumbre... ¡Le digo á V. que aquello era abrasarse vivo! Así es que á las pocas vueltas, porque las daba por largo, me caí redondo en el arenal. Acudió la gente, y tambien el médico que andaba por allí, hízome echar por la boca hasta los hígados; y despues de llamarme bárbaro muy sério, contó á la gente lo de la consulta, y acabaron todos por reirse de mí. ¿Le parece á V. que el lance era de risa?... Pues toda esa falta de caridad la enmendó el facultativo con decirme que cómo él pudo imaginarse nunca que hubiera un hijo de Adan tan Adan, que tomara en sério lo del bonito y lo del trote antes del baño; que si lo que yo habia tenido en el cuerpo lo mete él debajo de una peña, la levanta en vilo; que si, hallándome vivo despues de lo ocurrido, no me convencía de que mi salud era de bronce; y, por último, que no tentara más á Dios, que me volviera á mi pueblo á cuidar de mis haciendas y que no aburriera más al prójimo llorando males que no tenia.... Con esta rociada por todo consuelo, me vestí, volvíme á la posada y me metí en la cama á sudar, que poco me costó con el calor que hacía.

—De manera que ha hecho V. el viaje en balde?

—No lo crea V..... y por algo se dijo que «por lo más oscuro amanece.» Hablando yo de estas cosas, á los tres días, con un compañero de posada, me dijo que él tambien habia rodado mucho por el mundo buscando la salud, y que no la habia encontrado hasta que se la dió un curandero ¡pásmese usted! un remendon que trabaja en un portal de esta misma ciudad. ¡Y decir á Dios que hay médicos que gasten coche! Pues señor, que me alegró la noticia, que me animé y que fuí á consultar con el curandero... Le digo á V. que es preciso verlo para creerlo. No hizo más que saber que yo estaba enfermo, y sin dejarme hacerle historia alguna de la enfermedad, me estiró los brazos hácia adelante, me juntó las manos,

y poniéndome una de las suyas en la boca del estómago, me dijo:—«V. tiene toda la maleza en el arca, motivado á que los güétagos se han arrimado mucho al padrejon, á causa—¡esto es lo más asombroso!—de que las dos paletillas no encajan bien en el espinazo.»—Pues en esto, señor mío, no ha dado hasta hoy ningún facultativo.

—Lo creo sin dificultad. ¿Y qué remedio le dió para tan complicada enfermedad?

—Uno que me parece tan sencillo como cuerdo: dos parches y un haz de yerbas. Uno de los parches me coje desde la nuca á la *curcusilla*; el otro es para encima del estómago.

—¿Los tiene V. puestos ya?

—No señor; los llevo para ponérmelos en cuanto llegue á casa; porque, tan pronto como me vizme, tengo que meterme en la cama y estar en ella veintisiete dias boca arriba, sin moverme.

—Y las yerbas?

—Las yerbas son para cocerlas. De este cocimiento he de tomar, mientras esté en la cama, dos azumbres por la mañana y otras dos por la tarde. De este modo dice el curandero que romperé en aguas abundantes, y que á la vez que con ellas sale toda la maldad, con los parches fortificaré el estómago y entrarán en sus propios gonces las paletillas.... Conque, sírvase V. darme lo que me resta del crédito que traia, porque ya me parece que tardo en llegar á casa para ponerme en cura, y mande lo que guste para aquellos señores.

—Resueltamente vá V. á ejecutar el plan del curandero?

—Como estamos aquí los dos.

—En ese caso, venga un abrazo..... y apriete V. bien.

—¿Por qué tan apretado?

—Por si no volvemos á vernos.

JOSÉ M.^a DE PEREDA.

A LA MUJER.

(TRADUCCION DE BYRON.)

La experiencia ¡oh mujer! que, según todos,
es una gran maestra,
debiera haberme dicho que á adorarte
se vé obligado aquel que te contempla;
que, sin cesar mudable y caprichosa,
nada son tus promesas,
deberia á estas horas, por desgracia,
haberme ya enseñado la experiencia.

Mas ¡ay! si con tus múltiples hechizos
á mis ojos te muestras,
solamente recuerdo que te adoro;
todo lo olvido, escepto tu belleza.

La mujer! Cuando al par de la esperanza
podemos poseerla,
con las más entusiastas bendiciones
toda la vida el alma la recuerda;
pero ¡cuán maldecida es por aquellos
que amaron sin cautela,
cuando amor é ilusion se han disipado
y es carga ya lo que delicia fuera!

La mujer! Hermosura engañadora!
¡Qué prontos á creerla
están esos impúberos amantes,
novicios en pasiones, que la cercan!
¡Cómo se agita acelerado el pulso
viendo por vez primera
unos brillantes ojos que en un fondo
de azul celeste esplendorosos ruedan!
O negros cual la boca de un abismo
ardientes centellean,
ó sus rayos despiden dulcemente
bajo unas finas, soñadoras cejas!

Mientras con fácil fé promete y jura,
creemos con presteza,

y esperamos que aquella dure siempre
cuando no hay nada duradero en ella.
Eternamente se dirá y por todos
el gran axioma que el proverbio encierra:
«¡Oh mujer, tus palabras,
palabras son escritas sobre arena!»

EMILIO FERRARI.

SOLARES MONTAÑESES.

II.

LA TORRE DE HOJA DE MARTA.

Ví las armas relumbrantes
Y los franceses blasones
De los fuertes Bustamantes,
Que reyes no fueron, antes
Descienden de emperadores.
Azules trece roeles
En campo de gran limpieza,
Y tres, celestiales flores,
Que declaran su realeza.

Un popular cronista y rey de armas de los Reyes Católicos, llamado Gratia-Dei, pretende demostrar con tan malos versos el origen y blason de los Bustamantes. Siguiendo algunos su opinion los suponen descendientes de un emperador de Alemania, pretendiendo otros que deben su noble origen á los famosos caballeros de la Tabla Redonda, tan decantados en los antiguos libros de caballerías. No falta tam-

poco quien los haga franceses, por las tres flores de lis con que adornan su escudo, contradiciendo esta suposicion otros genealogistas asegurando que ganaron las lises peleando contra Carlo Magno en Roncesvalles.

Mas dejando á un lado estas invenciones de soñadores ó maliciosos reyes de armas, y viniendo á hechos ciertos y seguros, sábese que el primer solar que en España tuvieron los Bustamantes, fué la torre llamada de Llano, situada en las merindades castellanas, de la cual ya no quedan más que ruinas.

Tampoco se ignora que sus poderosos señores tuvieron vasallos y numerosos heredamientos en muchos pueblos de aquel territorio, conservándose además la noticia, aunque algo vaga é incierta, de que en tiempo de D. Fernando I de Castilla era señor de esta Torre y mayordomo mayor de aquel monarca Pedro Martinez de Bustamante.

De aquel antiguo y primitivo solar procedieron tres casas principales que fueron la de Cadahalso y la Costana en el valle de Valderredible y la de Quijas en el valle de Reocin. De esta última se derivaron todas las que en gran número han poblado en diferentes lugares de esta provincia, por lo que bien puede asegurarse que cuantos en ella gozan de este apellido traen su primer origen del solar de Quijas.

Llamóse la *Torre de hoja de marta* y no nos ha sido posible averiguar la razon de este nombre; nada dicen los viejos papeles de la casa, ni tampoco los antiguos nobiliarios, ni la leyenda popular esplica de manera alguna por qué fué conocido aquel solar con tal denominacion, y únicamente lo consignamos por si algun curioso investigador de las glorias montañosas logra averiguarlo.

Envuelta entre construcciones más modernas se conserva la antigua torre solariega, con su ventanaje de medio punto y coronados los muros por almenas; lamen sus carcomidas paredes las aguas del Saja que descienden de las altas montañas de Campoo, saltando entre rodados cantos y lucientes peñas, mansas y transparentes en el estío, violentas, turbias y arrebatadoras en el invierno, mezclándose con las del Besaya en la cercana y pintoresca llanada en que se asienta la floreciente villa de Torrelavega. Bellas praderías y un magnífico bosque de robles, castaños y nogales, juntamente con el rio, forman el término y coto del aristocrático solar.

Rodrigo de Bustamante se llamaba su primer fundador, que debió de vivir por los años en que regia el cétro castellano el primer Fernando, por lo que suponemos fué hermano del mayordomo mayor de aquel monarca; alcanzando un nieto suyo la alta dignidad de rico-hombre de Castilla, y su

descendiente Garci Sanchez de Bustamante fué armado caballero, dándole la orden y caballería de la Banda el rey D. Alfonso XI cuando se coronó en la ciudad de Búrgos en el año 1330. Marqueses de Villatorre son en la actualidad sus nobles descendientes.

Pocos linajes podrá contar la historia montañesa que puedan competir con éste en el número y calidad de hijos notables, que en las ciencias y en las artes ó bien con la pluma y con la espada supiesen ganar honra y prez para los suyos, gloria para este suelo y utilidad para la patria.

Larga sería y por demás enojosa la enumeracion de todos y solamente citaremos á Jorge de Bustamante, natural de Silió, traductor de la *Historia de Justino* y de las *Metamorfosis de Ovidio*; á Juan Sanchez de Bustamante que era en el año de 1372 Merino mayor por el rey en las Asturias de Santillana; al teniente general de marina D. José de Bustamante y Guerra; á D. Antonio Perez de Bustamante, caballero del Orden de Santiago, del Consejo de S. M. y su Secretario en el Supremo de Hacienda; á D. Francisco de Bustamante, colegial mayor en el de San Bartolomé de Salamanca y obispo de Barbastro y Plasencia; á D. Juan Domingo Perez de Bustamante, Gobernador y Capitan general del reino de Nueva Méjico; á D. García de Bustamante, Marqués del Solar, del Orden de Santiago, Secretario del Despacho y Estado de la Reina gobernadora D.^a Mariana de Austria, y para terminar, al arquitecto D. Cosme Antonio de Bustamante que construyó en 1804 el magnífico edificio de Comillas, que su fundador destinaba á instituto Cántabro y que es uno de los edificios más elegantes y severos con que cuenta la montaña.

Componen su blason, los de este apellido, de trece roeles azules en campo de oro, que son las primitivas armas, á las que añadieron un segundo cuartel en campo de gules con una banda dorada con dragantes verdes, orlado de azul con tres flores de lis de oro, éstas por su pretendido origen francés y aquella por haber sido caballero de la Banda un hijo de este linaje.

EL MARQUÉS DE CASA-MENA.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

40. Entre los papeles del Sr. Martinez Mazas encontró su biógrafo uno que contenia entre otras la siguiente advertencia: «Colocado á tanta distancia de los pueblos de la montaña, no era ya fácil apurar las noticias, ni reconocer por mí mismo los archivos y documentos antiguos y modernos que me pudieran dar luz y asegurar el camino para componer, á lo menos, una pequeña historia de aquel obispado. Sin embargo, no quise que enteramente se perdiesen las memorias que habia adquirido y algunos papeles originales ó copias, para ilustracion de aquel país; y habiéndolas puesto en algun orden y encuadernadas en un tomo manuscrito en fólio, las dediqué y dirigí al cabildo de la referida santa iglesia de Santander en el año 1777, suplicándole se sirviese corregirlas y aumentarlas, hasta que algun dia se pudiesen dar á la imprenta. Es una segunda copia sacada de los borradores que entonces tuve presentes, aunque faltan al fin muchos suplementos que llevó la primera.»

¿Podría decirnos algun suscriptor de LA TERTULIA si se sabe dónde existe esta primera copia?

E. P.

Contestacion á la pregunta 22.

Pregunta el Sr. P. si la humanidad obtiene algun producto de las investigaciones de algunos cervantistas acerca del sentido *esotérico* ú oculto del Quijote.

Si, como creemos, se considera á la ciencia del trabajo como la que más verdaderos servicios presta y puede prestar á la humanidad, no dudamos un momento en asegurar que gran servicio es el que han prestado los que dedicando largas horas al estudio han deducido de la parte de nuestra literatura consecuencias de gran valía para la ciencia de Adam Smith y Florez Estrada. Y como buena prueba de ello recomendamos la lectura de «Los refranes económicos del Quijote,» debidos á la pluma del reputado cervantista y distinguido economista Sr. Bernas y Hurtado.

C. M. DE LA R.

SECCION BIBLIOGÁRFICA.

ELEMENTOS DE AGRICULTURA Y ZOOTEKNIA, *escritos expresamente para las bibliotecas parroquiales de la provincia de Santander*, por D. AUGUSTO LECANDA CHAVES, *ingeniero agrícola de la escuela de Gembloux (Bélgica)*. Santander, 1873.—Imprenta de Salvador Atienza.

Tiene por objeto este libro esponer sencilla y claramente los principios de la agricultura cuya enseñanza tan atrasada se halla en nuestro país, dando con ello lugar á la triste situación de infinitos labradores. Basta para comprender su utilidad recorrer en las páginas que encierra los diversos tratados á que se refiere y los que más principalmente tienen aplicacion en nuestra provincia tratándose en ellos de la industria ganadera que tan bien demuestra conocer el autor.

Principalmente en el tratado de zooteknia espone sanas doctrinas y fáciles sobre los medios de mejorar las razas de ganados, su higiene y alimentacion, estendiéndose en consideraciones especiales sobre la especie vacuna, la ovina ó lanar, la caballar y el ganado de cerda, haciendo finalmente una fácil y elegante escursión al campo de la economía rural, estudio casi desconocido entre nosotros y del que tanto provecho pueden sacar los que al noble oficio de laborar la tierra se dedican.

Damos la enhorabuena al Sr. Lecanda por su obra y por los buenos resultados que con el tiempo está llamada á producir.

E.

ADVERTENCIA.

Nuestro querido amigo D. Ricardo Oláran, nos ha remitido una atenta carta (que no insertamos por falta de espacio), anunciándonos que desde esta fecha cesa de tomar parte en la colaboracion de LA TERTULIA.

F. M.

LA TERTULIA.

La novela entre los latinos, tesis doctoral de D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander, 1875.—Precio, 6 rs.

Estudios críticos sobre escritores montañeses. 4.º Trueba y Cosío, por D. Marcelino Menendez y Pelayo. — Santander, 1876.—Precio 12 rs.

Escenas montañesas.—Coleccion de bosquejos de costumbres, por D. José María de Pereda.—Madrid, 1864.

Tipos y paisajes.—Segunda série de *Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid, 1871.

Costas y Montañas.—Libro de un caminante, por Juan García —Madrid, 1871.

En la playa (acuarelas). *Marina*.—*Un cuento viejo*.—*Bromas y Veras*.—*A flor de agua*. — *La Luciérnaga*, por Juan García.—Madrid, 1873.

Del Manzanares al Darro.—(Relacion de viajes), por Juan García.

Del Ebro al Tiber.—Recuerdos, por Juan García.

Hijos ilustres de la provincia de Santander.—Estudios biográficos, por D. Enrique Leguina.--Un tomo, Madrid, 1875.

Obras de D. Benito Perez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES.

Trafalgar (2.ª edicion).
La corte de Carlos IV (2.ª edicion).

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª edicion).

Bailén (2.ª edicion).

Napoleon en Chamartín.

Zaragoza (2.ª edicion).

Gerona.

Cádiz.

Juan Martin el Empecinado.

La batalla de los Arapiles.

El equipaje del rey José.

Memorias de un cortesano de 1815.

La segunda casaca.

El Grande Oriente.

En preparacion.

7 de Julio.

Los cien mil hijos de San Luis.

El terror de 1824.

Un voluntario realista.

Los apostólicos.

Un faccioso más y algunos frailes menos.

Precio de cada tomo, dos pesetas en toda España.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los días 1.º y 15 de cada mes en entregas de 32 páginas, de esmerada impresion.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administracion, calle del Arcillero, número 1, piso 1.º

LA TERTULIA.

(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.º de 404 páginas de esmerada impresion.

Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de La Tertulia, Arcillero, 1, principal.